

Espacios

Creación El artista valenciano tuvo una influencia decisiva con sus dibujos y esculturas; una muestra permanente de sus trabajos recoge y explica su obra

Taller Alfaro: el cómo y el dónde de un escultor

DANIEL GIRALT-MIRACLE

El siglo XX ha sido fértil en la creación escultórica y nos ha permitido ver cómo la estatuaria se abría hacia campos experimentales que asimilaban el lenguaje del cubismo, del constructivismo, del espacialismo geométrico, del nor-

del conceptualismo, indagando nuevos territorios que iban más allá de los arquetipos considerados propios de la escultura e incorporaban planteamientos espaciales y recursos materiales desvinculados de la tradición.

En este replanteamiento de la escultura, Andreu Alfaro (Valencia, 1929-2012) ha sido para mí una figura destacable. Alfaro se inició en la práctica artística en los años cincuenta cuando entró en contacto



con el Grup Parpalló, un grupo poco estudiado hasta ahora pero que fue decisivo en la cultura valenciana de aquella década por los caminos de exploración del arte que inició, que derivarían en el arte óptico y cinético. De aquel colectivo salieron figuras tan destacadas como Salvador Soria, Eusebi Sempere y Doro Balaguer, entre otros, que renovaron totalmente los lenguajes artísticos de su tiempo, unos desde la pintura y los otros desde la escultura. Pero probablemente el artista que siguió una trayectoria más coherente en la investigación del espacio y de nuevas formas constructivas y en la incorporación de materiales alternativos fue Andreu Alfaro quien, consciente de que el arte había quedado retrasado con respecto a la evolución de la sociedad, bus-

có nuevas fórmulas, tanto en el aspecto técnico como en el estético, y nuevos escenarios donde exhibirlas en la ciudad moderna.

El constructivismo de Pevsner, las formas de Brancusi y los planos recortados de Juli González fueron los referentes de Alfaro, que acabó desarrollando unas estructuras de base geométrica que inicialmente eran muy elementales pero que con el paso del tiempo adquirieron más complejidad, hasta desplegar una gran variedad de formas en el espacio que con los mínimos recursos buscaban la máxima expresividad y que en una primera etapa realizó con perfiles metálicos de acero inoxidable o alambre y planchas de latón recortes, aunque más tarde también incorporó el hierro, el aluminio, los mármoles, la madera y el metacrilato. Aunque, como el mismo Alfaro declaró en diferentes ocasiones, el origen conceptual de su obra hay que buscarlo en el dibujo. La línea recta, la curva y sus intersecciones generan unos volúmenes que se transforman en piezas escultóricas, tanto si se vale de

A la izquierda, 'Afrodita III', 1989. Mármol rosa de Portugal

Abajo, 'Rostro', 1992. Acero corten

A la derecha, 'Bettina Brentano', 1988. Hierro pintado



formas geométricas u orgánicas.

Andreu Alfaro murió en diciembre del 2012 dejando atrás una trayectoria artística de más sesenta años y muchas obras, dispersas en los museos de todo el mundo, en el espacio urbano de nuestras ciudades y también en su taller de Godella, a sólo 12 kms. de Valencia, donde decidió construir una nave industrial de 1500 m², de claras líneas racionalistas, diseñada por el propio escultor en colaboración con el arquitecto Emili Giménez, con el fin de poder satisfacer todas sus necesidades, ya que en él distribuyó los ámbitos donde trabajar los diferentes materiales que solía utilizar (los metales, los mármoles, las superficies laminadas, la madera, etcétera) de manera que pudiera pasar de uno a otro sin solución de continuidad.

Las obras que quedaron en este espacio son aquellas en las que estaba trabajando y también las que más estimaba, que había ido atesorando a lo largo de la vida. Y es precisamente una selección de esta colección la que Andreu, Carles y Anna Alfaro, los hijos del escultor, han querido exponer de manera

permanente en el Taller Alfaro, en una actuación que no sólo pretende exhibir una setentena de piezas (entre esculturas y dibujos), sino que quiere mantenerlas juntas con carácter único e indisoluble para preservar la memoria del artista y divulgar su obra entre las nuevas generaciones. Y para hacerlo han

La selección muestra una obra plural, producto de diferentes rupturas y cambios y de gran expresividad

escogido el mejor lugar posible, el espacio que él mismo concibió, donde todos aquellos que lo quieran podrán saber dónde y cómo trabajaba Alfaro y también acercarse a su obra, que se presenta en un espacio neutro, blanco, iluminado por la luz que penetra cenitalmente, porque no tiene ventanas a fin de que nada distraiga su contemplación.

La selección de las piezas que se exponen la han realizado los hijos de Alfaro en colaboración con varios amigos personales del artista, que a pesar de tener profesiones y sensibilidades diferentes han trabajado teniendo muy presentes las indicaciones del propio escultor y sus preferencias para ofrecer una visión de conjunto de su trayectoria. Y el resultado es un discurso absolutamente coherente que

incluye desde las primeras obras de pequeño formato hasta las esculturas de gran formato y urbanas, es decir, planchas recortadas, elementos modulados, generativos, geometrías variables, figuras lineales, piezas de la serie *Homenaje a Goethe...*, una selección que permite constatar que la trayectoria de Alfaro no se caracteriza por la uniformidad, que su obra es plural, producto de las diferentes rupturas y cambios que el escultor hizo a lo largo del camino, y que se distingue por la fuerza expresiva y por una poética que en ocasiones resulta casi erótica.

Es recomendable, pues, visitar el Taller Alfaro, donde los estudiosos también podrán acceder a su archivo y biblioteca, para conocer cómo trabajaba este artista decisivo, que abrió múltiples caminos en la experimentación artística, para acercarse a este fondo que la familia preserva y, sobre todo, para entender la rigurosa aportación que Alfaro hizo a la escultura del siglo XX. |

Taller Alfaro

Fusters, 13
Pol. de Obradors,
46110 Godella Valencia
Tef. 963.160.364.
www.andreualfaro.com

En la imagen superior de la página anterior, Andreu Alfaro en una imagen de 1976

Verano nuclear



EUGÈNIA BROGGI

3. Todos los pijos del mundo

KIKO AMAT

—¡Oh, Calella, perla del Empordà, bastión del pijo de la Bonanova, ábreme tus puertas (aunque sean las de servicio)!

—¿Puedes dejar de gritar, so memo?

Regreso a Calella, tierra soñada por mí. Estoy de guasa en la terraza, y mi anaranjada esposa trata de acallarme pellizcando mi colgante bajobíceps. Dios, cuánto pijo hay en Calella. Diría que en agosto están aquí *todos los pijos del mundo*, reinando a fuerza de chequeras y superioridad numérica.

Hace cinco minutos paró ante mí un Lexus tamaño Estrella de la Muerte que expulsó a cuatro garbosas ninfas seguidas por un pisaverde con camisa rosa, birra en mano. Si llegan a andar a cámara lenta habría sido un vídeo de Enrique Iglesias. Allí, atónito, agarrado a mis dos céreos rorros, holocáustica desolación en mi cuenta bancaria, me pregunté, alzando el puño al cielo: “¿Por qué no soy tú, oh, privilegiado mimbres de apastelado jubón, eh? ¿por qué no soy tú?”.

Segundos antes, mi hijo menor me había soltado:

—Papá, ¿tú eres negro?

Resulta que su hermano y madre son también pelirrojos, lo que me convierte en minoría étnica familiar. Los pijos hacen lo mismo: su entorno homogéneo les fuerza a asumir uniformidad cósmica. Es una perspectiva del mundo más deforme que el póster de *King Kong*.

—Pues claro: la propiedad clave del pijo es ignorar su condición—. me aclara Naranja.

Pienso en *Seven*, cuando Mills le espeta al asesino: “Imagínate que estás masturbándote sobre tus propias heces y de repente piensas: ‘¡Joder, es increíble lo chiflado que estoy!’” Me pregunto si los lobeznos de Sant Gervasi, mientras se morrean y agarran atroces turcas de Red Bull con vodka en la playa del Canadell a las 23h, se dicen: “¿Joder, qué pijo soy, Borja Luís!”.

—¡Coge la toalla y vuelve ahora mismo, joder!

Ese era el vecino del apartamento contiguo riñendo vía móvil a su hijo púber, que a las 5h de la madrugada se encuentra aún en dicha playa, comatoso y magreando burdamente los pezones de cualquier Tita o Piluca (o ambas).

No sé a cuento de qué tanta hostilidad, en cualquier caso. ¿Qué puede sucederle a su hijo en el Canadell? ¿Que le devore un Lacoste?

Me vuelvo en la cama y escucho al mamado cadete sollozando por teléfono. Los pijos también lloran, según parece. Como nosotros, pero por distintas razones.

Junto a estas líneas, 'L'avenir (b)', 1984. Hierro pintado

